

MARXISMO Y RELIGIÓN:
PARA UN TEMA VIEJO, UN TRATAMIENTO NUEVO
(Mayo 1992)

Recientemente, en distintos órganos de prensa de Cuba, han aparecido reportajes sobre la participación de algunos jóvenes cristianos en un campamento de trabajo agrícola. Tanto el modo de expresión de los jóvenes entrevistados en esos reportajes como el enfoque periodístico del tema parecen de los años sesenta. Seré más explícito.

Hablar hoy por un lado de marxistas, asimilándolos a no creyentes que son a un tiempo jóvenes comunistas y, por otro lado, de cristianos como conglomerado humano aparte, afirmando que ambos grupos se «encuentran» en el trabajo agrícola, y así muestran que «pueden» colaborar y se sienten bien juntos, resulta por lo menos una descripción totalmente anacrónica.

Pues ¿qué han hecho durante más de treinta años los cristianos en sus centros de estudio, en sus centros de trabajo, en períodos de labores agrícolas, en el Servicio Militar, etc., sino trabajar, estudiar o servir a sus semejantes codo a codo con otros creyentes o no, marxistas o no, miembros o no del Partido Comunista o de la U.J.C.? En muchísimos casos ha habido una amistad seria entre ellos, conociéndose la fe cristiana de unos, el ateísmo del otro o la militancia oficial de otro, que no era realmente ateo. Porque esa es otra constatación que no debe dejar de hacerse: La no creencia, el marxismo y la militancia política no coinciden siempre. Hay no creyentes que no son marxistas ni miembros del Partido y ha habido siempre miembros del Partido que han sido creyentes, aunque no lo expresaran públicamente.

Cuando el Gobierno cubano se apresta a suprimir las alusiones indebidas a la religión en documentos legales como la Constitución de la República, cuando parece que nos vamos encaminando hacia un estado laico, no es conveniente seguir hablando un lenguaje que consagraba al marxismo como una religión y al «encuentro» de marxistas y cristianos como una especie de reunión «ecuménica» entre dos «iglesias».

La confusión de planos no añade claridad a las situaciones que han sido conflictivas, sino más bien las oscurece.

No hace mucho tiempo, en un municipio de esta Arquidiócesis, el Presidente del Poder Popular invitaba al párroco del pueblo a que convocara a los católicos el domingo en la Misa para que formaran un grupo de recogedores de papas. El sacerdote, en toda lógica, le respondió que todos los hombres y mujeres de la comunidad católica, jóvenes o adultos, en edad laboral o escolar, estaban yendo a recoger papas con sus centros de trabajo, con sus escuelas o con otras organizaciones sociales; ¿por qué habría que integrar un grupo de recogedores de papas católicos como si estos no fueran parte del pueblo y realizaran las mismas labores que todo el mundo realiza?, ¿habría que «sacarlos» de la papa para ir a recoger papas bajo otro título?

La petición de este dirigente se inscribe en el mismo contexto de los reporteros ya citados, es decir, dentro de una mentalidad de «ellos» y «nosotros» con relación a los cristianos, como si estos no fueran parte activa de nuestro pueblo. Pero este modo de pensar y de actuar debe ser superado, pues, entre otras cosas, está en la base de no pocas discriminaciones.

Los católicos no tienen por qué hacer profesión comunitaria de fe en la realización de tareas sociales o productivas, ni siquiera para demostrar su disponibilidad o buena voluntad.

Supongamos, por ejemplo, que los miembros del Partido Comunista tuvieran que hacer corporativamente un Vía Crucis con los católicos para demostrar que respetan la libertad religiosa o que promueven la amistad entre los que son miembros del Partido y los que no lo son, o que rechazarán toda discriminación por motivo de religión... Bastaría con mostrar esas actitudes en la vida diaria y que quien sea católico vaya a hacer el Vía Crucis (aun si es militante del Partido), y quien no lo sea que no lo haga. Pero, sobre todo, que tanto el uno como el otro sean sinceros al hacerlo o dejarlo de hacer.

En este tiempo de Pascua, el apóstol San Pablo nos invita a celebrar la Resurrección del Señor con «sinceridad y verdad» (1 Co 5, 8). Ese es el estilo de vida que el cristiano debe mostrar en su comportamiento social y esto tiene que hacerlo cada día.

Con mi bendición.